

mente lo profano y lo divino, ameniza y eleva, divierte y hace pensar.

Por ello, resulta raro que su teatro agrade, pero su misticismo no cansa porque es puro.

Tal, sintéticamente, el valor de la obra de quien ha triunfado sin forzar su personalidad, ha enaltecido la religión y la moral, que en épocas anteriores, sabemos bien en qué manos había caído: Emile Zola y Anatole France.

No es Claudel sólo, sino Bourget, Brunetière, Vogüé, Charles Guérin, y si de él sólo hablé, fué porque sus ideas frescas tenían el valor de lo inédito y la atracción de lo simple. Y porque Paul Claudel, diplomático ante el mundo, es embajador del Espíritu y la Literatura francesa ante la Cultura Universal.

M. EDELMIRA ARENILLAS
(Sección Pedagogía)

Un diario de mujer

Por los años del 1900 vivía en París, en un departamento de la rue d'Arenson, una mujer singular.

Madame Elizabeth Leseur, elegante, llena de distinción, modelo de dueñas de casa en su gracia y simpatía, reunía en torno suyo un verdadero salón intelectual, antigua y hermosa costumbre en la sociedad francesa.

Los amigos de Félix Leseur, su esposo, —médico y periodista él mismo—, profesionales, escritores, artistas, estudiantes, encontraban allí un ambiente cordial, sereno; un interés verdadero por todo lo que significase actividad espiritual; un criterio amplio; una conversación en la que no se permitían pequeñeces ni malignidades.

La cultura de Madame Leseur era tal vez un poco desordenada, como toda formación autodidáctica, puesto que los tiempos no facilitaban a la mujer el acceso a ciertos estudios superiores. Sin embargo, se la puede considerar aún hoy, una cultura vasta y original; hablaba y escribía corrientemente en inglés, italiano y ruso, había aprendido sola el latín y la apasionaba el estudio de la filosofía. Conocedora inteligente de toda manifestación artística, había recorrido Grecia, España,

Italia y Rusia, y asimismo, diversos países de Oriente y la región septentrional de Africa.

“Poseía — escribe su propio esposo — una conversación vivaz, interesante y ágil, pero cuidaba de mostrarse sencilla, sin hacer jamás alarde de superioridad intelectual. Naturalmente alegre, la alegría era para ella una virtud importantísima.”

Pero, a pesar de las apariencias, la vida brillante de Mme. Leseur fué en realidad, una existencia de heroico y continuado sacrificio, tal como sólo su alma de verdadero temple cristiano pudiera haber sobrellevado.

Su vida fué una larga enfermedad, con paréntesis de salud relativa que le permitieron realizar sus viajes, pero es innegable que el dolor físico fué el compañero de todas sus horas.

Años enteros presidió su salón desde la butaca en que estaba postrada; y siempre la misma sonrisa, la misma palabra amable, hasta el punto de que —como refiere su marido — los amigos se decían: “Vamos a ver a Elizabeth, vamos a tomar nuestro baño de serenidad”.

Pero por grandes que fuesen esos sufrimientos, nunca igualaron a los lace-

rantes dolores morales que sobrellevó la admirable mujer. En los primeros años de casamiento, Félix Leseur, profundamente imbuído de la filosofía materialista y atea de fines de siglo, se había propuesto demoler la sincera fe de su esposa. Los libros que puso en sus manos talvez lo hubieran logrado en otra persona, pero no en esa inteligencia lúcida, equilibrada y serena.

Ese torbellino de hipótesis, casi todas discutibles, y la mayor parte, contradictorias; la falta de sinceridad; lo rebuscado y hueco de los argumentos, todo la inquietó profundamente. Ella presintió el abismo, se echó atrás y se dedicó desde entonces a rehacer por sí misma su formación religiosa.

En contraposición a esos libros anticristianos, formó su biblioteca de grandes maestros del pensamiento católico: Padres de la Iglesia, doctores y místicos, San Jerónimo, Santo Tomás de Aquino, San Francisco de Sales, Santa Teresa, etc.

La fe renació, más fuerte, más luminosa; la fe sostuvo esa vida heroica, dando un sentido cristiano al dolor físico... pero un abismo espiritual profundo se abrió entre Félix Leseur y Elizabeth.

Ese fué su inmenso dolor moral; ver separado de esa fe, que era su vida, de todos los ideales y todos los amores de su alma al ser más hondamente querido.

La soledad espiritual de Mme. Leseur, en medio de su salón desbordante, al lado de un marido que la mimaba, fué desgarradora.

"He sufrido toda la tarde —escribe en su Diario— oyendo atacar, burlar, criticar mis convicciones. Dios me ha ayudado a conservar la serenidad, a no tolerar ningún error, pero tampoco irritar con afirmaciones excesivamente rígidas. ¡Cuántos esfuerzos e íntimas tristezas representa esto!... ¡Dios mío!, ¿tendré algún día... pronto... la alegría inmensa de una plena comunión de alma con mi querido Félix, de una misma fe y de una existencia orientada toda entera hacia Vos, para ambos?"

Elizabeth Leseur nunca discutió con su marido ni le reprochó, jamás le importunó con argumentaciones... sólo su ejemplo silencioso hablaba por ella. Pero escribió un Diario. Un Diario lleno de vida, de interés, un diario hecho con pedazos de su alma.

Ese Diario llegó a manos de su esposo sólo después de la muerte de Elizabeth, pero bastó para derribar todos los obstáculos que hasta entonces se habían levantado entre Dios y el alma de Félix Leseur.

El señor Leseur vive todavía como humilde fraile dominico, en algún rincón de Francia. Y ha hecho editar el Diario de su esposa, libro admirable que enaltece a la mujer de nuestro siglo, porque según el lema de su autora: **toda alma que se eleva, eleva al mundo.**

CELIA VELASCO BLANCO

(Sección Letras)

BIBLIOTECA PEDAGOGICA

"MANUELA DE NEVARES"

ENTRADA LIBRE

FRENCH 2250